



Seix Barral

Ariel Magnus

La fiesta de un fauno





Seix Barral Biblioteca Breve

Ariel Magnus

La fiesta de un fauno

(Pornovela)

1

Porno en el Colón

Mi por entonces muy joven bisabuela Catherine «Käte» Lewinsohn, ahora de Magnus, terminó de rociarse con una porción especialmente abundante de su mejor perfume —siempre temía que se le sintiese el olor a sexo fresco, sobre todo cuando había sido tan bueno que si de él surgía al fin su primera descendiente, crearía toda una raza de seres notables— y le ordenó a su criada que fuera a ver en qué andaba el marido que hasta hacía un momento había andado sobre ella. Le gustaba hacer como que le perdía el rastro dentro de la casa, para sentir que vivía en un auténtico *petit château*, como lo llamaban los porteños con la misma rimbombancia que hubiera gastado un

berlinés, aunque basándose en muchos menos metros cuadrados. En cuatro horas empezaba la función y, si bien con el coche de dos caballos sobraba tiempo para llegar al centro de la ciudad, incluso si tomaban el camino largo y por tramos no adoquinado que corría pegado a ese río sin orilla de enfrente, ese mar marrón que llamaban del Plata, Käte prefería ser la primera en llegar y jugar a que recibía a sus invitados en la puerta del gran teatro, para así seguir agrandando su sueño del palacio propio.

—Dice señor viene ya —le comunicó Andrea, la única empleada que había encontrado que sabía alemán, por llamar de algún modo a las diez palabras que había aprendido de sus amos anteriores, a los que no había querido acompañar a Chile.

—Dígale que se apure —le ordenó, por ordenar algo y verla en movimiento, ver algo en movimiento, además de moscas, en la tórrida primavera de esa ciudad imposible a la que la había arrastrado a vivir su marido casi inmediatamente después de arrancarla de su casa paterna en el aristocrático barrio de Charlottenburg.

Acercó su menuda y rubia figura a una de las ventanas de la sala y comprobó que del otro lado del boulevard ya esperaba también el coche de los Schlesinger, que no era propio sino de alquiler. La señora Schlesinger tenía razón en que mantener un coche con su chofer y los respectivos caballos

por un par de salidas al mes y las vacaciones en Mar del Plata no tenía mucho sentido, pero Käte consideraba que compartirlo era como compartir el baño, tal vez porque a los dos debía usarlos sentada. Lo mismo pensaba de los tranvías, incluidos los que iban bajo tierra, aunque con esos vehículos había una parte de ella que hacía fuerza por prescindir de los pruritos higiénicos en favor de los sentimentales, pocas cosas le gustaban más en Berlín que rodar sobre vías de un lado al otro de la ciudad.

—Cuando gustes, tesoro —apareció Richard Nathan Magnus, mi bisabuelo, calvo ya con 29 años y de ojos color miel, también él perfumado y portando lo mejor de su vestuario, en la mano el segundo cigarrillo del después, tan o más deleitable que el primero.

—Si fuera cuando a mí me gustara, sería siempre cinco minutos antes —se quejó Käte, aunque ella misma no había terminado de acicalarse aún.

—*No por mucho madrugar amanece más temprano* —sentenció Richard en lento castellano, para enseguida apurar una traducción al alemán que, retraducida al idioma originario, habría dado como resultado algo así como: «Muchos amaneceres no salen al sol de la mañana».

—No entiendo esos dichos —dio a entender Käte que el problema no estaba en su castellano ni aun en la traducción, sino en el dicho mismo, en la cultura nefasta que lo había producido.

—Estás muy elegante —cambió Richard el enfoque, los ojos puestos en el escote con renovada lascivia, como preparando el terreno para el próximo *rendez-vous*.

—Gracias, pienso lo mismo —agradeció Käte con ambigua indiferencia.

Quiso la fatalidad que asomasen a la puerta justo cuando también lo hacían los Schlesinger, la otra familia judía asentada sobre el *Boulevard de los Alemanes*, como había propuesto rebautizar la Avenida de los Incas mi bisabuela en una carta dirigida al alcalde de la ciudad, amparándose en que vivían en ella al menos cuatro familias de ese origen y ninguna, que se supiera, descendientes de aquellos indígenas del Perú. Con estos vecinos peleteros mi bisabuela había continuado de alguna manera la amistad que ya entretenía con la otra familia judía de la *Schlosstrasse*, casualmente también dedicada a las pieles, aunque en aquel caso a su comercio minorista, mientras que los de aquí producían y exportaban la materia prima. Ambas familias estaban en relación comercial a través de algunos intermediarios, no tardó en descubrir Käte, estableciendo así su primer gran paralelismo entre Berlín y Buenos Aires, con el que lamentablemente también se habían acabado las similitudes, por lo que recordarlo solo servía para que la desoladora mayoría de diferencias se hiciera mucho más patente.

Se saludaron a la distancia con una sonrisa resignada, sabiendo que acababan de quitarle de antemano lo que pudiera tener de emotivo el reencuentro ante la puerta del teatro, que solían programar de manera tácita evitando cruzarse durante la semana anterior, lo que a su vez explicaba por qué no compartían el coche.

Desde que los Magnus no recibían invitaciones a cenar en casas distinguidas ni en clubs de la colectividad alemana, en el primer caso porque casi no había, fuera de las que pertenecían al gobierno y por ende a una esfera distinta, y en el segundo caso por judíos, es decir la misma razón por la que tampoco hubieran aceptado esas invitaciones; desde que la vida social se había visto reducida a reuniones más o menos informales en círculos siempre reducidos, las salidas musicales constituían el gran evento del mes, lo más parecido, también por su precio, a un viaje relámpago al viejo continente que podían solventarse por aquella época, espiritualmente más cercana a las fantasías lunáticas de Julio Verne que a los inminentes vuelos transatlánticos del Graf Zeppelin.

Para gran parte de la comunidad alemana y aun europea, al menos la perteneciente a la alta burguesía, el centro de la vida cultural en Buenos Aires era el Teatro Colón, inmejorablemente bautizado con ese nombre por colonizar, concierto a concierto y ópera a ópera, las lejanas e inhóspitas Pampas en las que habían caído, cada

cual con sus razones, los inventores y guardianes de la música civilizada. En sus frescos pasillos y galerías, en los apretados balcones de los pisos superiores y en la platea de poltronas de terciopelo bordó, la parte más blanca de la sociedad se daba cita para cultivar el buen vestir, las maneras distinguidas y la abstracción sonora del ambiente circundante. Así como en el Harrods de la avenida Florida satisfacían su sed de productos importados, cuanto más triviales mejor (existe también una necesidad de cosas innecesarias, creía Käte, y hasta había juntado algunos argumentos para defenderla), en el Colón, que en dimensiones y estilo tampoco se distinguía mucho de aquel paseo comercial, los descendientes de los colonizadores, sumados a los primos lejanos que habían emigrado más tarde, recompensaban los oídos y el alma por la ingrata circunstancia de tener que vivir entre salvajes.

La danza tribal de estos indígenas, el tango, aunque aún estaba lejos de ser adoptada por París —algo que Käte consideraría el mayor acto de esnobismo de la historia de la música, solo superado por la inclusión del sonido del shofar en cierto oratorio de Edwar Elgar—, ya empezaba a dominar el ambiente porteño más allá de los antros bailables del puerto. Mientras que el folclore, en sus diferentes variantes —algunas no carentes de atractivo, como el *chamamé*, cuyo solo nombre le resultaba a Käte tan melodioso, en sí mismo una

canción—, no aspiraba más que a entretener las veladas alcohólicas de los nativos, a lo sumo los actos patrios en las provincias, el tango se había posicionado en el imaginario de sus incultos cultores como la música nacional por excelencia y eso significaba, proviniendo de Buenos Aires, como música opuesta a toda la que viniera del exterior. Un poco como ocurría con el también incipiente deporte nacional del *football*, que según le había contado Richard Nathan no era más que una extensión del boxeo a un ring más grande en el que una cantidad mayor de luchadores se pegaban unos a otros utilizando de excusa una pelota de cuero, al menos hasta que llegaba el momento en que olvidaban la pelota y, regresando a sus raíces, se trompeaban entre todos, incluidos los espectadores; al igual que con el balompié, aunque con la decencia de al menos no ser un producto importado —o ni siquiera, porque su instrumento más emblemático, el bandoneón, era un invento alemán—, el baile de los bajos se estaba apropiando de la identidad argentina en lo peor que tenía esta, que ya poco tenía de bueno, a saber: en la actitud desafiante y pendenciera de reivindicar cualquier manifestación cultural autóctona, o autoctonizada, como oposición a las foráneas.

Un par de semanas atrás, venciendo sus prejuicios, o decidiéndose a reemplazarlos por condenas promulgadas con todas las de la ley, Käte le había rogado a su marido que la llevara a uno de

esos bailes nocturnos en las zonas inundables. No la inducía solo la curiosidad o el morbo, sino también la oscura intuición de que ese submundo escondía algo trascendente que acaso merecía ser iluminado, o incluso resultara iluminador. El ambiente prostibulario de Berlín no era un secreto para nadie, ni siquiera para la alcurnia que se abstentía de frecuentarlo, gracias a la popularidad del cabaret, que fungía de puente, o túnel, entre ambas puntas de la sociedad. En Buenos Aires, en cambio, donde no parecía haber lugar para la sátira, ni siquiera durante sus tristes carnavales, el tango estaba destinado a extenderse de manera subrepticia, telúrica, como un agua de cloaca que solo asomaría a la superficie cuando estuviera segura de poder anegarla por completo.

Para no salir tarde de la casa y despertar suspicacias entre los vecinos, mis bisabuelos se habían quedado haciendo tiempo en las inmediaciones precisamente del Colón, donde estaban los mejores cafés de Buenos Aires, que sin llegar a los tobillos de sus prototipos berlineses o vieneses toleraban una estadía más o menos prolongada. La milonga a la que finalmente asistieron, siguiendo las indicaciones de un cliente y amigo de Richard Nathan, el señor Israel Espinosa, dueño de uno de los talleres de costura más renombrados de la ciudad, se hallaba en el piso superior de una pulpería, como seguían llamándose algunas de esas antiguas tiendas campestres que al parecer vendían

de todo menos pulpo. Se trataba de un amplio salón de baile con piso de parqué de Eslavonia y paredes revestidas hasta el techo con espejos, por lo que la decoración consistía principalmente en reflejar a sus ocupantes, poco más que sombras moviéndose en la escasa luz de las velas. Otro tipo de luz no había, y no por falta de electricidad, como había deducido Richard Nathan de los cables que colgaban en la calle, barruntando ya el negocio para esas bombillas de baja potencia, como de luz deliberadamente lúgubre, que estaba desarrollando la empresa para la que trabajaba, un concepto que a mi bisabuelo le parecía absurdo pero que, ya se veía, podía llegar a funcionar.

Ocuparon la mesa más cercana a la puerta, aunque había algunas aún vacías al lado de la pista de baile, para escapar lo más rápido posible cuando los hombres se trenzaran a cuchillazos, como seguían temiendo que ocurriese de un momento para el otro, a pesar del ambiente asombrosamente poco proletario. Entre los trajes de riguroso negro, los pelos engominados o atados con violencia hacia atrás y la seriedad de velorio con que se bailaba, hasta hubiera podido decirse que se hallaban en una mascarada de alta alcurnia con temática plebeya. Lo único poco aristocrático eran las caras de mirada torva, narices inflamadas y dentaduras imperfectas, caras precisamente de cabaret, esa alternativa musical a la alta cultura que en Argentina había adoptado evidentemente

el camino opuesto de la gravedad y hasta la aflicción.

Antes de que pidieran nada, un camarero que no se distinguía de los bailarines, sobre todo en lo referente a su displicencia respecto del entorno, les sirvió unos tragos oscuros y preguntó si iban a querer cocaína como quien ofrece leche para agregar al café (para *cortarlo*, según la expresión local, curiosamente la misma que se usaba con las drogas rebajadas). El tráfico entre las mesas y la pista era intenso, sobre todo desde que acababa un tema hasta que empezaba el siguiente, todos interpretados por una banda de cuatro instrumentos —piano, guitarra, contrabajo y bandoneón— ubicada sobre una pequeña tarima junto a la barra marmórea del bar. No había un solo hombre que no fumase, algunos lo hacían incluso mientras bailaban, aunque la mayoría de los cigarrillos esperaban en los ceniceros de las mesas como esposas que arden de lenta impaciencia en sus respectivas casas.

—Este baile es como tener sexo sin sacarse la ropa —sentenció Richard Nathan, según la costumbre que había adquirido ya como estudiante de filosofía de sacar conclusiones universales antes de que la realidad terminara de presentarle todas las premisas.

—¿Me parece a mí o hay más diferencias entre los distintos movimientos de un mismo concierto que entre dos temas del tango? —acotó Käte ense-

guida, según su costumbre de plantear en forma de pregunta verdades que consideraba incontestables.

Pese a la suficiencia con la que habló, internamente luchaba contra el deseo vergonzante de que su marido la sacara a bailar. Käte presentía que no le faltaba mucho para quedar embarazada de su primera hija —que sería una niña, encargada de seguir difundiendo la raza, lo presentía también— y que después ya no podría ni sentir esas tentaciones inconfesables, que resultaban estimulantes aun cuando quedaran a la orilla de su consumación.

—Debe ser su método anticonceptivo —redondeó su propia reflexión mi bisabuelo, que internamente se debatía entre su aversión a tener hijos, aun si le aseguraban que saldrían varones, y el miedo a ser estéril, que a su vez dividía su libido entre el mandato de ponerla a prueba todos los días y la fantasía de huir, como el soldado del refrán, para en todo caso servir en otras guerras.

—Me pregunto de qué viven todos estos murciélagos —dijo a entender Käte que probablemente de nada que se pudiera mostrar a la luz del día, o siquiera a la de las bombillas que vendía su marido—. ¿Tienen hijos, por ejemplo?

—Por ejemplo, seguro que no, ni ellos por ejemplo a sus hijos ni, esperemos, sus hijos por ejemplo a ellos —comentó Richard Nathan, pensando si su juego de palabras podría traducirse tal

cual al castellano, aunque su preocupación verdadera era otra—. Si en la mesa te sirven cocaína, ¿qué se podrá conseguir en el baño?

—¿Siempre tenés que ir al baño cuando estamos fuera de casa? —se quejó Käte, sospechando que lo hacía adrede, para enrostrarle la comodidad que implicaba ser hombre también en ese aspecto.

Pasó el mozo y cambió sus copas a medio vaciar por otras nuevas, ahora con un líquido claro, otra vez sin consultarlos, como si se tratara de un menú etílico de varios pasos contratado de antemano. Los primeros sorbos ya habían hecho efecto, por lo poco acostumbrados que estaban al alcohol de gradación elevada —los seguidores de Mahoma, sostenía mi bisabuelo, solo habían puesto en negro sobre blanco una ley no escrita de los seguidores de Moisés, en la convicción común de que no había peor cosa para los negocios que cerrarlos fuera de sus cabales—, y por eso prefirieron ni tocar el siguiente, además del miedo a cuánto pudiera ascender la cuenta final si les seguían sirviendo tragos antes de terminar los anteriores. Truncada la progresión alcohólica en los observadores, el espectáculo en sí se cargó de una monotonía soporífera de la que solo la salvaban sus componentes eróticos, que cuentan con sus propios mecanismos de progresión pese, o gracias, a esa misma redundancia.

—Los baños son el lugar ideal para conocer la verdadera catadura de un establecimiento —in-

sistió Richard Nathan, como para darle un marco teórico a sus necesidades más bien prácticas, aunque tampoco tan urgentes y en ese sentido también ellas de corte bastante especulativo, como las de un perro con los árboles.

—¿Te hacen falta pruebas para confirmar lo que ya se percibe a simple vista? —pensó Käte en voz alta, porque esa teoría de los baños era en realidad de ella, aunque no la aplicaba a establecimientos públicos, que le anulaban cualquier necesidad fisiológica, sino a las casas particulares, empezando naturalmente por la propia.

—*Lo esencial es invisible a los ojos* —recitó Richard Nathan, esta vez con traducción adjunta bastante fiel, aunque para *invisible* usó el equivalente a *turbio*, corrigiendo instintivamente lo que en el original era una redundancia a ojos vista.

A media hora de haber llegado, agotadas las instancias del diálogo más o menos perspicaz, se pusieron tácitamente de acuerdo en que ya iba siendo tiempo de partir, cuando notaron que en una mesa aladaña se había sentado un hombre de boca ancha y ojos hundidos, algunos años más joven que ellos, que los miraba tan de reojo que era como si lo hiciera con la nuca.

—¿Hablan alemán? —ventiló la sospecha que lo tenía tan intrigado en la única lengua en que también hubieran podido confirmársela.

El cruce no era tan extraño como el hecho de ponerlo de manifiesto. Al contrario de lo que ocu-

rría con el Colón, donde había quienes se preocupaban por haber sido avistados incluso en funciones a las que no habían asistido, en este sitio nadie podía guardar interés en ser descubierto por conocidos. Por edad y aspecto —parecía venir de haberlo perdido todo en la ruleta, o incluso de buscar aquí refugio para no tener que pagar lo que había quedado debiendo— las coincidencias no parecían ir más allá del idioma, y allí también hubieran acabado, tal vez, si a Käte, por pura amabilidad —no tenía por qué perder las maneras solo por encontrarse de paso en un sitio que seguramente las desconocía, como la ciudad y el país en el que se hallaban—, no se le hubiera ocurrido preguntarle su procedencia y el forastero no le hubiera contestado agregando al nombre de la ciudad su propio apellido, como si se tratase de un barrio de aquella.

—¿Pringsheim, como el matemático famoso? —demostró mi bisabuela que al menos para ella ese era el caso—. ¿La rama perdida de los Schlesinger?

Cinco minutos más tarde, ya trasladado a la mesa de los Magnus, para despechado asombro de la señorita que se había sentado a prestarle compañía, o más bien a alquilársela, Erik Pringsheim tiraba el cuerpo para atrás en su silla, se pasaba la mano regordeta por la ancha frente y suspiraba con la boca en punta y los ojos bien abiertos ante la revelación, pacientemente expuesta por

Käte con nombres y fechas, de que en realidad era judío. En efecto, los Schlesinger emigrados al sur, sus vecinos, constituían la vertiente no cristianizada de lo que luego había sido la familia Dohm y más tarde Pringsheim, siempre siguiendo la línea femenina de matrimonios iniciada por la escritora Marianne Adelaide Hedwig Schlesinger, esposa de Ernst Dohm —nacido Elias Levy y editor del semanario satírico *Kladderadatsch*— y cuya hija, la actriz Hedwig Dohm, se había casado con el matemático Alfred Pringsheim y parido a este Erik.

—¿Cuántos hermanos tiene? —quiso saber Käte, para completar el árbol familiar.

—Dos hermanos y una hermana —respondió Erik, disperso.

—¿Y qué lo trae por aquí? —quiso saber Richard Nathan, para completar su agenda.

—Negocios —respondió Erik, de forma demasiado cortante como para dejar espacio a que le preguntaran de qué tipo.

La noticia de que pertenecía al pueblo elegido lo había dejado alelado, aunque por motivos muy diferentes a los que sospechaba Käte, tan orgullosa, por su parte, de haberle devuelto su identidad —no había peor converso, en su opinión, que el que no sabía que lo era— que interpretó su caprichosa voluntad de acudir a ese antro tanguero como un llamado oculto del Altísimo a cumplir con esa misión específica.

—¿Tengo posibilidades de reconvertirme al judaísmo aquí? —preguntó de pronto Erik, los ojos revestidos de un brillo ansioso, casi fanático.

—¿Aquí en la pista de baile? —bromeó mi bisabuelo, imaginando cómo el mohel de la colectividad, naturalmente alemán, lo mismo que el rabino (los judíos del Este tenían su propio equipo) trataba de embocar el bisturí en esas penumbras.

—No es una operación tan sencilla —advirtió Käte, poniendo el acento en la palabra *operación*, aunque se trataba efectivamente de un cortecito de nada que conllevaba tantas ventajas, empezando por las estéticas.

Fue entonces que un hombre sacó un puñal, como se permitieron deducir de los reflejos que se vieron en un rincón de la pista y del tumulto que se armó inmediatamente después, aunque sin que la orquesta dejara de tocar, como si eso fuera parte del baile (en ese mismo momento, años más, años menos, sus colegas del Titanic mostrarían el mismo heroísmo, quedándose con la metáfora) y los Magnus aprovecharon para huir, satisfechos de haber visto confirmados todos sus preconcep- tos por el módico precio de unos tragos que de todos modos hubiese sido injusto abonar.

Del joven aspirante a circunciso no habían vuelto a tener noticia hasta que se cruzaron con los Schlesinger en la entrada del Teatro Colón poco antes de que comenzara la función de esta tarde. La velada que menos sorpresas prometía

deparar, por esto de que los vecinos se habían visto partir desde sus respectivas moradas en la *Avenida de los que nunca habían venido* —chiste de Richard Nathan, del que solo se reía él mismo—, resultó ser la más rica en novedades: no solo se enteraron de que Erik se había instalado en el barrio hacía unos días, tras haberse convertido al judaísmo en una ceremonia íntima (ahora estaba en cama, reponiéndose de la parte más íntima de aquella), también supieron que la mujer que acompañaba a Miriam y Herbert Schlesinger, de unos cincuenta años, cabellera tupida y boca desafiante, era su madre.

—Es un placer conocer a quienes permitieron a mi hijo, y ahora a mí misma, reconstituir los lazos con esta rama olvidada de mi árbol familiar —extendió la mano Hedwig Pringsheim graciosamente, aunque con una gravedad que ponía en seria duda el beneplácito que aducía sentir.

—Las ramas olvidadas son siempre las más cargadas de frutos —dijo Käte, a quien una rama perdida de la familia, justamente la de los Zweig («rama», en alemán), le daría la personalidad más destacada, Arnold Zweig, a quien en mi familia nunca tuvimos nada en contra de que se lo emparentara o aun confundiera con Stefan Zweig.

Como si hubiera presentado algo sobre este parentesco venidero de mi bisabuela, aunque con mayor probabilidad por puro esnobismo, Hedwig se puso a hablar de la boda de su hija Katia

con Thomas Mann, el autor de *Buddenbrooks*, una novela sobre la decadencia de una familia, ¿tal vez la habían leído? Como fuera, ahora estaba escribiendo otro libro, basado precisamente en su casamiento con Katia, por lo que todos en la familia estaban muy expectantes, como dijo Hedwig, por poner en términos optimistas el pánico que sentía a que el tema volviera a ser el fracaso.

—¿Es judío? —fue lo único que le interesó saber a mi bisabuela.

—No, pero lo acusaron de serlo —recordó la señora Pringsheim—. Se defendió con un artículo publicado en el diario, donde decía que se trataba de una tesis muy tentadora, aunque en su caso totalmente falsa. Y aprovechó para hacer un llamado a una mayor asimilación.

—¿Por eso se casó con una judía, para ayudarla en ese apostolado? —no cejó Käte en su cruzada, o en su *maguendavideada*, como prefería llamarla Richard Nathan.

—Ni él ni nosotros sabíamos o estábamos conscientes de que mi hija era judía, tampoco creo que haga diferencia.

—Si no hiciera diferencia, nunca se hubieran convertido al cristianismo en primer lugar.

A pesar del tono agresivo con que Käte decía estas cosas, la señora Pringsheim no se tomó sus preguntas y comentarios como reclamos o acusaciones personales, quizá porque su madre, a la que le debía su nombre de pila por ser la primogé-

nita, era una escritora feminista que siempre había luchado por los derechos de las que se sentían una minoría, aunque no lo fueran, inculcándole con ello la estima por toda mujer que alzara la voz en defensa de los discriminados, por mucho que en este caso se sintieran mayoría siendo bastante pocos. Como actriz que había sido, y que aún soñaba con volver a ser, Hedwig no podía ocultar su admiración, además, por las jóvenes como mi bisabuela que se plantaban en el proscenio de los temas candentes de su época y disparaban sus provocativas diatribas a cualquier persona que les hiciera momentáneamente de público.

—Mi hermana menor, Eva, está casada con Max Klein —informó a continuación.

—¿Judío?

—Y escultor.

Käte hubiera querido hacer algún comentario sobre cuán judía podía ser considerada una persona que se dedicaba a producir algo expresamente prohibido por la Torá, aparte de casarse por iglesia, como seguro había sido la condición para unirse a esa familia de asimilados, pero ya sonaba el timbre anunciando el principio de la función y cada cual tuvo que apresurarse a subir las escaleras hacia sus palcos respectivos, nada había más puntual en ese país de la impuntualidad que una obra en el Colón, también en eso cifraba el teatro, casi tanto como en la arquitectura y la música (y el precio de las entradas), su cuali-

dad de embajada de lo que más tarde se conocería como primer mundo, aunque ya lo era en ese entonces.

El espectáculo que les deparó esa tarde el distinguido escenario los retrotrajo, sin embargo, a la tenebrosa milonga de los cuchilleros, tanto por su tensión erótica como por el hecho de que terminó en lo más parecido a un tumulto que podía concebirse bajo esos frescos de filamentos relucientes alumbrados por arañas de mil lamparitas (ninguna de la marca Osram, para mortificación, pero también desafío, de Richard Nathan, representante para Argentina y Latinoamérica de esa compañía). La breve pieza de ballet con que cerró la sublime presentación de los artistas rusos nucleados alrededor del célebre Vaslav Nijinsky titulada *La siesta de un fauno*, como la suite de Claude Debussy que le servía de banda sonora, dejó a mis bisabuelos, y no solo a ellos, con la sensación de haber sido testigos de una indecencia, acaso un ilícito. Los movimientos finales del fauno, fornicando en su atalaya de piedra con el velo olvidado (o dejado adrede) por una ninfa, en lo que nadie podía ser tan inocente de calificar de mera metáfora, no habían sido más que la confirmación casi redundante de que lo visto pertenecía a otro género de espectáculos. Hasta los saltos mágicos del bailarín cornudo y con orejas en punta, durante los que parecía deslizarse por el aire como aferrado a un palo de barquero, sin tomar

impulso al elevarse ni sufrir tambaleos residuales tras aterrizar varios metros más adelante, adquirirían en el contexto de ese cortejo coreográfico un fuerte tinte afrodisíaco. Esto tal vez explicaba por qué la danza con la ninfa se había desarrollado íntegramente de perfil, como en una antigua vasija egipcia, ya que de frente hubiera resultado demasiado explícita incluso para públicos menos selectos. También en el tango, notó Richard Nathan en retrospectiva, buena parte del baile ocurría con los participantes situados de lado, por momentos hasta con las miradas puestas en direcciones contrarias, aunque esa manera tan ostensible de ignorarse solo potenciara el carácter indisoluble de su alianza.

—Una vergüenza que permitan algo así en el Colón —dijo mi bisabuelo, pensando en la insólita circunstancia de que las bailarinas llevaran largos vestidos bajo los cuales no se podían ni adivinar los atributos básicos del cuerpo femenino, y aunque no se plegó a la mitad del público que decidió sustituir los aplausos por abucheos, tampoco sus palmas se buscaron más que con la laxitud y brevedad imprescindibles para no caer en la descortesía.

—Técnicamente impecable, el bailarín —opinó Käte, pensando por su lado en cada uno de los músculos que dejaba al descubierto ese traje mitad hombre y mitad cabra en el que parecía estar embutido como la carne en las latas Swift, con la

parte animal incongruentemente tapada y la otra en cueros, mientras aplaudía de pie, aunque sin hacer mucho ruido, como quien junta las manos para rezar y enseguida se arrepiente.

Afuera del teatro volvieron a cruzarse con los Schlesinger y decidieron espontáneamente, como se califica en alemán todo lo que no ha sido planeado con al menos una semana de anticipación, irse juntos a la cervecería Múnich en la costanera sur, aprovechando que la noche estaba cálida y que al otro día se conmemoraba alguna gesta patriótica, de esas en las que un militar de ascendencia europea había logrado la anexión de territorios indígenas mediante la expulsión o aniquilación de sus habitantes. Rápidamente la mesa se partió en dos, de un lado los dos hombres y del otro las tres mujeres. El peletero Herbert Schlesinger le expuso a mi bisabuelo sus últimos éxitos comerciales, que en el fondo no se distinguían demasiado de aquellas gestas castrenses, en el sentido de poner en valor recursos ignorados o desperdiciados por los autóctonos, con la diferencia de que ahora se integraba a la población originaria al proceso de producción, matando dos pájaros de un tiro, o incluso haciendo que se mataran entre sí, sin gastar un gramo de pólvora.

Richard Nathan, por su parte, habló de los avances en las negociaciones para que la filial local de la Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft o

AEG se quedara con el mercado de la electricidad, al que también aspiraba una compañía de capitales ingleses. Del tendido eléctrico, tan magro hasta el momento como el de las vías férreas, dependía el negocio de las bombillas incandescentes, perfeccionadas por el austriaco Carl Auer von Welsbach mediante la combinación de osmio y wolframio, a la que la empresa de Richard Nathan debía su nombre de fantasía. La ventaja de las lamparitas Osram, deudora de esta combinación inédita de metales, radicaba sobre todo en su durabilidad, un atributo difícil de vender, al precio que hubiera correspondido, entre clientes escépticos respecto de las condiciones previas para que la prerrogativa resultara de provecho alguno.

A mi bisabuelo le daba lo mismo venderles lamparitas a quienes las encendieran con energía generada por usinas alemanas, inglesas o japonesas, pero sentía un compromiso con la empresa de su país y en particular con su dueño, Emil Rathenau, padre del ministro del exterior que luego sería asesinado por elementos protonazis, a quien conocía de saludarse en la sinagoga de la Oranienburger Strasse durante las altas fiestas. Para superar la guerra que libraban estos dos países en suelo argentino en casi todos los sectores de la economía —y que no terminaría de dirimirse sino con el fin de la segunda conflagración así llamada mundial—, a Richard Nathan se le había ocurrido que los alemanes debían pactar, no con

su par de la competencia —un camino ya obturado por las traiciones y la intimidación, incluidas bombas caseras e incendios intencionales, que las crónicas en los periódicos, pagadas por los mismos que fomentaban los desmanes, atribuían a los anarquistas—, sino con la compañía inglesa que batallaba a su vez contra su par alemana para quedarse con la traza del ferrocarril y la posterior provisión de material rodante.

—Quiero conseguir una reunión con nuestro embajador para convencerlo de que tenemos posibilidad real de quedarnos con el negocio de los trenes, más inglés que el té de las cinco de la tarde —comentó Richard Nathan, tras limpiarse el bigote de espuma que se le había formado sobre el de pelos—. Y que nuestro embajador convenza por su parte a sus pares en Berlín de que bajen la orden de retirarse de la contienda, a cambio de asegurarnos el sector energético, al que por cierto le veo mucho más futuro que al de transporte.

—En mi rubro los trenes son fundamentales —objetó Herbert, luchando contra la humedad ambiente para darle fuego a su cigarro—. Me estás condenando a trabajar con piratas.

—Hay que ir pensando en vehículos a motor que hagan ese trabajo —expuso el *entrepreneur* otra de sus ideas, para la que sin embargo no tenía interlocutores válidos, ni siquiera en Alemania—. Esto de usarlos para ver cuál corre más rápido es un despropósito.

—¿Otra lamparita que se enciende? —bromeó Herbert, haciendo referencia a la primera campaña de publicidad gráfica que había hecho Osram en la prensa argentina («Encienda una lamparita Osram. Encienda una buena idea»), que fue también la primera en un idioma que no era el de Wolfgang von Goethe, pagada por mi bisabuelo de su bolsillo porque la empresa no le veía utilidad.

—Sueño con inventar una frase hecha —dijo Richard Nathan, que en realidad soñaba con inventar, una vez que tuviera el dinero suficiente para poder retirarse, toda una nueva escuela filosófica basada en una sola frase que lo dijera todo, al modo de *Pienso luego existo* o *El hombre es el lobo del hombre*—, así que digamos que sí. ¡*Prost!*

Mientras los hombres brindaban por sus negocios presentes y futuros, la señora Schlesinger, la señora Pringsheim y mi bisabuela, que no por ser la más joven, y la única sin hijos aún, se comportaba con menor dominio de la situación, charlaban sobre sus familias. Así fue cómo Käte se enteró de la verdadera razón del viaje de Erik Pringsheim, que al parecer era la oveja negra de la familia y la debilidad de su madre, dos cosas que suelen ir de la mano, cuando no se encuentran en relación causal recíproca. El tiempo que los hermanos de Erik, apenas menores, invertían en sus ocupaciones académicas, el primogénito lo dilapidaba, junto a la fortuna familiar, en las mesas de

juego. Otro vicio no se le conocía, lo que curiosamente le confería a su ludopatía un aura de vocación, apenas menos digna que la física o la arqueología que practicaban sus hermanos. No era por el alcohol y el tabaco que se mezclaban con los naipes que Erik se sentaba noche por medio a jugar, ni por la cocaína que mantenía despiertos a sus compañeros, ni por las mujeres que luego podían alquilar con lo ganado. En cuanto a ganar o perder, con la cantidad de dinero que poseían sus padres, y la liberalidad con que se lo cedía su mamá, no pasaba de ser un suceso anecdótico, apenas la diferencia entre tener o no tener que pedir un giro urgente para la próxima juntada. Lo fundamental para Erik era ser fiel a sus cartas, seguir los consejos que estas le susurraban con sus números y colores y, llegado el caso, que siempre llegaba, perdonar magnánimamente sus traspies.

—Me gustaría que pasase una temporada de desintoxicación en los campos de mi amigo Ernesto Tornquist —reveló Hedwig la verdadera razón de su propio viaje—. Nos conocimos cuando él estudiaba ingeniería en Berlín y yo daba mis primeros pasos en el teatro... que me temo también fueron los últimos.

—¿Ahora no actúa usted de madre, y una muy buena? —la consoló Käte, que al igual que la señora Pringsheim intentaba disimular la marea de pelos que se desbordaba sobre su frente con peinados que la terminaban de cubrir por completo,

detalles superfluos, tanto el defecto como su conversión en virtud, pero de esos que suelen sellar pactos ocultos entre las personas más disímiles, como una fuerza recóndita, de raza, que las une desde antes de conocerse.

—¿Y su marido no opuso objeciones? —preguntó Miriam Schlesinger, que no hacía nada sin el suyo, ni siquiera acompañar a Käte en sus excursiones al Harrods de la calle Florida, con las que ahogaba su nostalgia del Kaufhaus des Westens de Berlín.

—Mi marido también tuvo sus amantes de juventud, algunas de las cuales siguen solteras —entregó Hedwig acaso más información de la que le habían solicitado—. Ernesto en cambio se casó y formó una familia, por cierto que muy numerosa, de modo que no puede haber nada de malo en que nuestras cartas hayan conservado el tono de nuestra mocedad. Los interlocutores hemos envejecido, pero el diálogo se mantiene infinitamente joven. Va a ser raro reencontrarnos después de tantos años... y tanto papel.

De regreso en Belgrano, mi bisabuela pasó la noche sin poder conciliar el sueño, entre náuseas y jaquecas. No era el fauno del Colón la causa de su malestar, ni las revelaciones de la señora Pringsheim, aunque ambos eventos habían tenido su impacto. Era mi abuela Liselotte Vera, a la que le debo mis inicios en la literatura —me regaló el *Ulises* cuando aún no estaba ni en edad de

leer a Homero—, que al fin anunciaba su llegada al mundo. Käte nunca lograría quitarse la impresión, aunque supiera que las cosas no funcionaban así, de que su hija había sido engendrada esa misma tarde, tal vez porque la siesta del fauno que había mediado entre la supuesta concepción y estos anuncios inequívocos había operado sobre su conciencia como un viaje de muchos meses, al modo en que gustan confundirnos los sueños. Con el correr de los años, lo que se correría para atrás en su memoria sería aquel espectáculo, de modo de hacer coincidir las fechas, según calculó mi abuela Liselotte ya de grande y le contó a su hijo menor, mi padre, que a su vez me lo contó a mí, extrayéndola del arcón más alejado de su memoria, la tarde en que le anuncié, mientras esperábamos la presentación de Keith Jarrett en el Teatro Colón, que mi mujer había quedado embarazada de nuestra primera hija.